

pensativo y triste. Yo no me explicaba el cambio que se había operado en aquel vigoroso hombre.

Mi sorpresa creció cuando comenzó a hablar, alarmándome francamente al oírle una voz que no parecía la suya. Las palabras sonaban quebradas y huecas.

Se lamentaba de la cruel enfermedad de Olguita, creyendo que no se salvaría. "Ojalá Dios nos haga un milagro y sane a la criaturita", exclamó emitiendo un gran suspiro.

En varias ocasiones el tío Pedro había demostrado únicamente para mi hermanita enferma, una especial predilección. Mis otras hermanas celosas de tal preferencia, le decían "la consentida" del tío.

Lo cierto era que aquella muralla se derrumbaba, tocándome a mí presenciar el principio de su caída. Continuó haciendo confidencias como si hablara consigo mismo, sin voltear a verme. Decía que se sentía él también enfermo y aunque nunca había "ocupado" a los doctores, ahora aprovecharía el viaje para hacerlo. Distraídamente hablaba casi en secreto con los ojos fijos en el cielo, tal como si estuviera confesándose con el mismo Dios.

Sólo unas cuantas horas permanecemos en la ciudad, regresando en el tren de la tarde, acompañados del médico y otro facultativo especialista amigo suyo.

Después de examinar detenidamente a la enfermita, acordaron trasladarla de inmediato a un hospital, para lo cual se hicieron los arreglos necesarios acompañando a Olguita mi madre y una de mis hermanas. Los profesionistas abrigaban esperanza de salvarle la vida al tenerla en un centro de salud, donde los elementos y auxilios estuvieran a la mano.

A media noche regresamos nuevamente a la casa después de acompañar a la comitiva.

El tío en lugar de irse a dormir, se arrellanó en uno de los sillones del portal mirando las estrellas que brillaban en el cielo. Al notar que yo estaba cerca de él, acarició por primera y única vez en su vida mi cabeza, y exclamó sordamente: "Tú, hijo, eres tan pequeño como Olguita. Los niños tienen derecho a vivir la vida.

No es justo que la muerte se los lleve. Daría mi vida por la salvación de la "coyotita" (*). Yo ya estoy viejo y cansado, he vivido mucho y Dios me ha favorecido siempre. No pido, ni ambiciono más".

"Me gustaría morir en un día fresco y nublado. Esos han sido los días en que más suerte he tenido en los negocios".

De repente calló. Sus ojos se humedecieron dejando escapar dos lágrimas temblorosas.

Incrédulo y avergonzado me alejé en silencio respetando el dolor de un hombre.

XX

Enrique regresaba. El tío Pedro orgullosamente leyó en voz alta la carta dirigida a su nombre.

"Anoche, después de la brillante graduación en la cual sacó el primer lugar "Cazador", me lo llevé al cine para que mirara y oyera una película mexicana. Estaba gustosísimo. Me encargó de comunicarle que lo felicitara a usted por haber aprendido a leer y a escribir. También me suplicó que agregara unos dólares "extras" al valor de los pasajes, pues quería hacerle un obsequio al Profesor, así como comprarles algunos regalos a sus compañeros de Escuela. El pobre lloró de emoción al recibir su diploma, diciéndome que ése sería su mejor presente para la tía Virgen".

Y por allí la sarta de invenciones y boberías salidas de la imaginación de mi hermano.

Aún no me explico tamaña candidez del tío en "tragarse" las mentiras, sin dar asomos de sospecha. A pesar de su notable cambio temía fundadamente de lo que fuera a ocurrir cuando llegara Enrique sin "Cazador".

Por mi parte, también recibí las últimas noticias. Sus letras estaban preñadas de amargura. Su gran amor lo había traicionado abandonándolo por su amigo el cubano.

(*) En el norte de México se dá este nombre al miembro más pequeño de la familia.

“Sufro y me arrepiento por todas las locuras que cometí. Me ha quedado en el alma una huella amarga. Su traición dejó una marca indeleble: la primera herida en mi corazón”.

Este era el corolario cursi de quien había jugado con fuego olvidándose de sus principios honestos, para perderse en el callejón oscuro de la pasión.

En tropel nos lanzamos a la estación a esperar la llegada de Enrique. El tío Pedro daba muestras de gran nerviosidad.

Por fin escuchamos en la lejanía el aullido doloroso de la locomotora. Se acercó rápidamente para aminorar su marcha antes de llegar a los andenes.

El tren había llegado trayéndonos al hermano ausente. ¡Once largos meses habían transcurrido!

¡Enrique!, ¡Enrique!, clamamos jubilosos cuando vimos aparecer su ensortijada cabellera. Venía más alto y grueso. Abrazos, besos y la pregunta obligada:

—¿Dónde está “Cazador”?

“De eso quería hablarle tío”. —¿Dónde está “Cazador”? volvió a tronar imperiosa la voz del tío, tornándose su rostro escarlata.

Por esos instantes volvió a ser el de antes. Mi pensamiento vislumbró intenciones homicidas. Aquello acabaría mal.

Apartándolo de nosotros, Enrique empezó a gesticular desesperadamente. Con sigilo me coloqué a espaldas del tío. Enrique hablaba.

“Salimos de Filadelfia “Cazador” y yo, siendo despedidos por mis compañeros y algunos amigos del perro. En el camino venía bromeando con los pasajeros hablándoles en español y agregando algunas palabras en inglés que yo le decía. Al llegar a la frontera, los guardias aduanales se sorprendieron oyéndolo hablar, pidiéndome que se los vendiera. El propio “Cazador” les contestó una serie de majaderías diciéndoles que no era “mercancía” para venderse y mil tonterías más que produjeron carcajadas entre ellos.

“Cerca de aquí, en la parada de Cerro Grande, me dijo: —Oye Enrique, no seas “agarrado” y cómprame un “lonche de cabrito” porque tengo mucha hambre. Después de engullirse dos lonches, se

“echó” tranquilamente en el asiento sin dejar de hablar y “vacilar” con los pasajeros, diciéndoles tantas “picardías”, que no sé de donde las sacaría”.

“Al arrancar el tren me espetó de repente: —Cómo quisiera estar ya en la casa. Te aseguro que voy a vivir como un Rey. Le voy a sacar al tío Pedro un platal para largarme, pues ni crea que voy a vivir en un “mugroso” rancho. ¿Y por qué le vas a pedir dinero?, le contesté yo. —En primer lugar, porque yo se muchas cosas de él y se las voy a platicar a la tía Virgen. En segundo, porque era muy malo conmigo y me daba patadas. Por eso tengo muchas ganas de vengarme. ¿Y qué le vas a contar a la tía Virgen? —Pues le voy a “chismear” que tenía varias queridas por las rancherías y que en las noches se levantaba para acostarse con Chonita la criada. De inmediato le repliqué, conminándolo a que no fuera a hacer eso. No me hizo caso, se rió y se burló de mí. Entonces me dió tanto coraje con el “desagradecido”, que lo arrojé por la ventanilla del tren estrellándolo contra las rocas”.

—“Perdóneme tío, no sé si hice bien o mal al matarlo”.

Confuso y aturdido contestó el tío Pedro.

—Hiciste muy bien sobrino.

Al regresar a la casa el propio tío inventó a su vez una historia. Le dijo a la tía Virgen que el pobre “Cazador” se había envenenado con una mala comida en el camino, pero que fue auxiliado por un cura viajero en sus últimos momentos, musitando para ella (como le dijo Enrique) sus últimas palabras.

La pobre vieja lloró como una “Magdalena”.

La conciencia “nunca dormida, mudo y pertinaz testigo que no deja sin castigo ningún crimen de la vida”, me remordía.

Profundos suspiros de alivio emitieron nuestros pechos después de pasado “el temporal”.

XXI

Mi madre llegó a la ciudad al día siguiente del arribo de mi hermano.

Su siempre melancólica cara irradiaba ahora alegría. Era la más feliz de las madres de la tierra. ¡Dios había hecho el milagro. Olguita se salvaría!

Después de saludar a todos y besar emocionada a Enrique, nos contó que gracias a la oportuna y esmerada intervención de los médicos especialistas del hospital, mi querida hermanita había prácticamente "resucitado".

"Ya no la contábamos, pero Nuestro Señor escuchó mis rezos con su infinita misericordia. ¡Es un milagro, es un milagro!, repetía entre llorosa y enternecida".

Bendito el cielo porque al fin habían cesado aquellas semanas de angustia y nuestro hogar volvía a su normalidad en vísperas de las primeras heladas.

Enrique avergonzado de sus malas acciones se había prometido pagar con creces, delinéndose una conducta vertical. Sus hechos a través del tiempo, se encargarían de confirmar la enmienda.

Pero... el roble se desgajaba.

El tío Pedro había dejado de ser el hombre rudo. Demacrado y triste se desplazaba como un sonámbulo.

Esa misma tarde estuvo encerrado en su oficina hablando largamente con Enrique. Mi hermano salió cabizbajo y pensativo.

Por la noche toda la familia cenamos juntos. Fue una velada en la que campeó la concordia y el cariño. Se hicieron votos por la unidad y armonía entre los hermanos a instancias de una voz otra autoritaria y que en esta ocasión sonaba condescendiente y sabia:

—“Ahora que ha regresado Enrique, he decidido dejar en sus manos la responsabilidad de mis negocios que desde este momento serán también de ustedes. El se encargará de corregir los muchos errores que cometí, algunos de buena y otros, con pena lo confieso, de mala fe. Al retirarme, sólo les recomiendo que sigan siendo los ejemplares hermanos que siempre he conoci-

do, no olvidando ser cada día mejores hijos. Procuren trabajar mucho y sobre todo, sean fundamentalmente buenos”.

Dirigiéndose hacia mi hermano, terminó diciendo:

—“Mi buen Enrique, educa y ayuda a tus hermanos. Creo y confío en tí”.

Nos levantamos de la mesa atónitos, mirándonos sin creer, unos a otros. Jamás hubiéramos sospechado que el tío fuera capaz de hablar en esa forma. Su trato para con nosotros siempre había sido áspero y brusco. Para mí, no fue más que una confirmación de lo sucedido aquel día y sobre todo, aquella noche reveladora en el portal. Un temblor de presentimientos sacudió mi cuerpo.

La tía y mi madre permanecían mudas de sorpresa. Tenían ante sí a un hombre nuevo.

Nos retiramos a dormir calladamente. Hacer ruido o hablar fuerte, rompería el encanto de una noche plena de bellos y puros sentimientos.

Afuera y adentro de la casa, reinaba una paz celestial.

XXII

Amaneció muerto aquella mañana otoñal. La muerte lo sorprendió en la madurez de su existencia. En la antesala del invierno.

Un viento helado, pero agradable, movía con sorprendente facilidad las gruesas nubes que cubrían el cielo.

La vida se le fue apagando como esas llamitas de las cerillas que poco a poco se van consumiendo.

Inútiles fueron los esfuerzos desesperados de salvarle la existencia, después de aquel primer repentino ataque al corazón ocurrido al filo de la media noche.

Cuando alguien propuso salir violentamente a la ciudad por el médico, tarea por demás infructuosa, el enfermo protestó oponiéndose.

“Por favor no se asusten. Esto ya lo esperaba y deseaba. La muerte no es lo terrible que piensan ahorita ustedes. Lo único que lamento de veras es no haber sabido aprovechar ni compren-

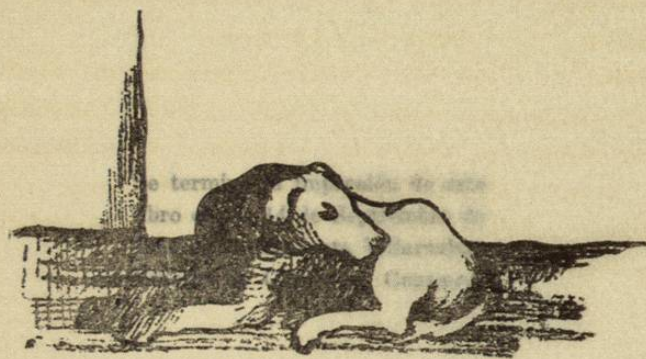
der la vida en toda su magnitud”.

“Ahora, ya tarde para mí, pero no para ustedes, lo veo todo muy sencillo. Tantas vilezas y podredumbres, tantos medios malditos para conquistar el oro, la gloria y los placeres, objeto y fin de los humanos, vienen a ser en esta hora de la verdad suprema, punto menos que nada”.

“No equivoquen el verdadero camino de la vida. Pureza, bondad, conformidad, son los hermosos atributos de quien vive cerca de Dios”

Un segundo ataque cortó las pausadas palabras que se quedaron grabadas para siempre en mi mente.

Quizá la imagen de su sonrisa postrera, tal vez el recuerdo de aquella inolvidable noche que pidió al Señor ofrendarle su vida por la de Olguita, me impulsaron a hilvanar, a una distancia de treinta años, estos modestos apuntes, como un homenaje a la memoria de aquel recio hombre que nos hiciera gozar, reír y también llorar: Mi Tío Pedro.



des la vida en toda su angustia.

"Algunas, ya están para ser paja de paja astérica, lo veo todo muy sencillo. Puntos blancos y pedregalitos, tantos medios mal-ditos para conseguir el oro, la gloria y los placeres, objeto y fin de los hombres, vienen a ser en esta vida de la verdad suprema, punto negro que es la vida."

"No equivocarse el verdadero espíritu de la vida. Pureza, bondad, caridad, son las virtudes esenciales de quien vive cerca de Dios."

Un segundo siempre corre las modestas palabras que se quedaron grabadas para siempre en mi mente.

Quizá la imagen de su amorosa presencia, al vez el recuerdo de aquella inolvidable noche que pedí al Señor que me permitiera su vida por la de Olguita, me impulsaron a escribir, a una distancia de treinta años, estos modestos recuerdos que se graban en la memoria de aquel que me enseñó a amar y a llorar: Mi Tío Pedro.



Se terminó la impresión de este libro el día 14 de Septiembre de 1961 en la Imprenta Villarrubia. Viñetas de Guillermo Ceniceros

